

tes a los de mi padre, pero sí sé que en mucho debo a ellos lo mejor de mi poca felicidad presente, mis recuerdos más puros y mis mejores fuerzas.

Terminado el refrigerio, mi padre fumaba, leía y yo me tendía soñoliento y feliz a contemplar las aguas de esmeralda.

De vez en vez preguntaba a mi padre sobre algo que me intrigase. Podría ser un árbol de forma extraña, una piedra de color, una alimaña. Y todavía tengo que agradecerle que respetara mi edad, mi ingenuidad, mi seriedad, mi humildad de niño ante los problemas eternos. Pues jamás cometió el error de fatigarme con una explicación «científica» o docta. Sus demostraciones obedecían a un secreto lirismo que yo comprendía mejor que todo lo que de él venía. No eran sus explicaciones fantásticas o caprichosas, por el contrario, encerraban un profundo realismo. Pero esta sabiduría no era hija de su intelecto superior, de sus conocimientos adquiridos. Era producto del niño grande que había en él. Era producto de un alma gemela a la mía que había crecido y madurado y había tenido tiempo y ocasión de observar las cosas con la mirada limpia e ingenua. Fué cuando aprendí que los poetas son aquellos que dejan en libertad esta parte de sí mismos, que confían en ella, que en ella viven y con ella adquieren la sabiduría del mundo.

Puedo decir que algunas veces él mismo no se daba cuenta de qué era lo que hablaba por él; pues, distraído en su lectura, lectura que pertenecía a otro mundo, no sentía cuando el fondo claro de su infancia pugnaba por responder a mis preguntas. En tales momentos, se interrumpía, sorprendido, y me miraba, como temiendo sorprender en mí el conocimiento de su distracción; pero yo le miraba atento y respetuoso y entonces proseguía.

Venía la tarde. Algo cansados ya, trepábamos dificultosamente a la fiel bicicleta empolvada y emprendíamos el retorno. Durante el regreso casi nunca hablábamos. A medida que nos acercábamos al hogar, se iba acentuando aquella sensación tensa, desagradable, que separa comúnmente a los padres y a los hijos. De una u otra manera, tácitamente, comprendíamos que cada uno

debía asumir nuevamente su papel: él, el de padre; yo, el del hijo. Esto era necesario en presencia de los demás y especialmente ante mi madre. Nunca se me ocurrió indagar el porqué de esto. Pero eso no evitaba el que yo padeciera con el cambio. A él parecía sucederle lo mismo. En ocasiones creí descubrir en sus ojos algo como un ruego amistoso: «No hables a nadie de lo que hemos conversado». Nunca lo hice; a las preguntas de mi madre, respondía con agitadas descripciones del paisaje, reía ruidosamente y gesticulaba, procurando ahogar lo que yo estimaba, y sigo estimando, un secreto precioso que a nadie debía comunicar. No obstante, mi madre comprendía. Yo no podía dejar de notar que en el fondo ella lo sabía todo, no sé de qué modo. Me iba a acostar en la mayor incertidumbre. Pensaba que al día siguiente, lunes, vendría de nuevo lo pasado y vulgar de la existencia: la escuela, llena de compañeros ruidosos y atolondrados, de la mayoría de los cuales solía yo aislarme; el trabajo de mi padre, que tanto lo alejaba de mí y lo preocupaba, haciendo de él «una persona mayor» completa; las fatigosas horas de clase, durante las cuales en vano me esforzaba por asimilar conocimientos cuyo equivalente jamás encontré fuera, en los anchurosos campos donde zumbaba el verano y la vida, la vida libre y bella que trabajaba pujante en sus bellezas.

Esta época pasó pronto. Muchas cosas ocurrieron. Mi padre salió de viaje durante un tiempo. Cuando regresó, tuyo cabal conciencia de lo que yo había cambiado; ya era incapaz de comprenderlo. Todas estas tristezas, no obstante, no bastaron a destruir el recuerdo de las relaciones más sabias y felices que puede tener hombre alguno.

Es cierto que todavía a veces, aun siendo yo mayor, creí sorprender en mi padre momentos análogos a los que disfrutábamos juntos, a la orilla del río, los días de paseo. Pero ya entonces estos breves e inútiles intentos de comunicación quedaban velados por ese «otro yo» que mi persona era entonces, es decir, el adolescente pre-untuoso, agitado, impaciente. Y no ha sido sino hasta ahora, cuando ya puedo sentirme un poco más tranquilo, que me es posible volver a reflexionar en las relaciones que tuve con mi padre y rozar su verdadero significado. Rozar, digo, porque sería imposible comprenderlas del todo. Haría falta cualquiera de estas dos cosas: tener seis años o ser poeta. De los seis años estoy muy lejos y para ser poeta me falta la mayoría de una vida de luchas, de experiencias, de aprendizajes incesantes, de lecciones que no se aprenden en las aulas ni en los libros, sino en el antiguo y supremo caudal de la sabiduría del corazón, en el libro de la vida. Y quiso el destino, como lo quiso para otros afortunados como yo, que el prólogo de este libro lo encontrara, a temprana edad, en el fuerte y querido corazón de mi padre,

NOTICIA DE LIBROS

(Viene de la pág. 315)

El Padre Kino es el civilizador del Noroeste de México. En 1945 se celebró su tercer centenario.

El tirolés Padre Kino. El papel de apóstol lo llevaba en la sangre.

*

Sobrina de Julio Flores, que guió sus primeros pasos, doña Emma Vargas Florez de Argüelles (Concha del Mar). Y es profesora. Nos remite, y cómo se lo agradecemos, un ejr. de *Ecos del alma*, en que están reunidas sus poesías: sencillas, pulcras.

En la segunda parte, con el título de *Campanas de Cristal*, escribe para los niños y lo hace muy bien.

Señas de la autora:

Carrera 5 - 25 - 26
Bogotá. Colombia.

*

El N° 23 de las *Vidas Mexicanas*. antecitadas:

José Rojas Garcidueñas: *Don Carlos Sigüenza y Góngora erudito barroco*. Ediciones XOXCHITL. México 1945.

La erudición, en Sigüenza y Góngora, es, ante todo, una posición de superioridad. En 1945 se celebró el 3er. centenario de Sigüenza y Góngora.

*

El Núm. 46 de los celebrados Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos:

Miguel R. Utrera: *Rescuerdo* (Poemas.)

(«Miguel R. Utrera es en la actualidad, uno de los poetas venezolanos en cuya obra se siente una más profunda evocación de la provincia nativa.»)

Señas del autor: San Sebastián, Aragua, Venezuela.

*

La benemérita Dirección de Cultura del Ministerio de Educación de Cuba nos remite el Cuaderno 5 de la sexta serie de Cuadernos de Cultura:

Carlos J. Finlay: *Estudios sobre fiebre amarilla*. Presentación y ordenación por el Dr. Manuel Villaverde y Alvarez. La Habana, 1945.

*

Un cuaderno de poemas: *Soledad y angustia*. Del poeta venezolano Benito Raúl Losada. Caracas. 1945.

(« Porque sé del dolor toco el arcano. »)

De la fidelidad del título al contenido poético del cuaderno.

Señas del autor: Urb. Los Caobos. Ave. Buenos Aires.

Qta. «Zolita». Caracas. Venezuela.

Octavio Jiménez A.
ABOGADO y NOTARIO
Oficina: 25 varas al Oeste de la Tesorería de la Junta de Protección Social
TELÉFONO 4184
A PARTADO 338

Imprenta Aurora Social Ltda.
TELEFONO 4310 - CASILLA 884
A sus órdenes

Agencia del
Repertorio Americano
en Londres:
B. F. STEVENS & BROWN LTD.
New Ru-kin House,
28-30, Little Rusell Street, W. C. 1,
London, England